



La materialidad del poder: una reflexión en torno al cuerpo

Milena Cevallos y Bernardita Serra

Introducción

Lo que nos convoca a escribir las siguientes páginas es la reflexión en torno a la temática del cuerpo. Históricamente, éste ha sido concebido como asiento de necesidades, de procesos fisiológicos y bioquímicos. Se ha debatido acerca de los cuidados necesarios para su preservación. Se ha procurado, bajo diferentes formas, conservar la salud y evitar la enfermedad, se ha hecho hincapié en sus funciones. Ahora bien, pensar en un cuerpo meramente biológico supone concebirlo como algo preexistente sobre el cual se puede actuar, intervenir e incluso transformar.

De esta forma, los cuerpos son tratados como “cosas”. Tomándolos como algo dado, se procede a la reificación de las relaciones sociales que los constituyen. Frente a esta perspectiva, consideramos que no se puede perder de vista el carácter político del mismo. Sus gestos, hábitos y conductas son construidos social e históricamente. Así es como cobran sentido las relaciones que lo construyen como tal, y la historia, en tanto ésta lo impregna.

“El cuerpo: superficie de inscripción de los sucesos”.¹ Tratamos de pensarlo como producto de la historia. Reflexionamos en torno a él a partir de las huellas que la historia misma ha dejado.

Concebir los cuerpos como construcción socio-histórica nos permite pensar que los sujetos no tienen una esencia, no están pre-dados, sino que, por el contrario, son fabricados. Lo más íntimo y lo más público de los cuerpos se constituye en prácticas sociales, en ciertas formas de organización social que están atravesadas por relaciones de fuerza.

Así como el cuerpo y los sujetos son construidos en prácticas sociales concretas, existen saberes sobre los mismos que también se constituyen en ese entramado de relaciones. Aquí, la idea de saber no se corresponde con una ciencia probada en su veracidad. Se trata, más bien, de la combinación de enunciados y visibilidades específicos de cada formación histórica. El saber no es conocimiento dado (de una vez y para siempre), sino que se construye en prácticas. “Sólo existen prácticas, o posibilidades, constitutivas del saber: prácticas discursivas de enunciados, prácticas no discursivas de visibilidades”² El carácter social del conocimiento y las verdades que derivan de él deben pensarse, entonces, como construidas. Son ficciones, pero al estar imbuidas en relaciones de fuerzas, tienen *efectos de verdad* que son efectos de poder. Incluso la historia se construye en este campo de relaciones, por lo que ya no se trata de buscar qué hay de verdadero en la historia sino la historia de la construcción de la verdad.

¹ Foucault, Michel: “Nietzsche, la genealogía, la historia” en *Microfísica del Poder*, Editorial La Piqueta, Madrid, 1979, p. 15

² Gilles Deleuze, *Foucault*, Paidós, Barcelona, 1987, p. 79.

Estas verdades se materializan en tanto se imbrican sobre los cuerpos, permiten intervenciones, efectúan clasificaciones, facilitan la regulación y su control. Las ciencias, por tanto, concebidas como “juegos de verdad” relacionadas con técnicas específicas, les han permitido a los individuos comprenderse y gobernarse. Esas técnicas han favorecido el control de los sujetos, han permitido a los hombres actuar sobre otros, conducir su conducta, pero también les han facilitado efectuar modificaciones, operaciones con respecto a sí mismos con fines determinados. Se trata de saberes aplicados a los cuales, siguiendo a Michel Foucault,³ podemos definir como tecnologías. Las primeras, que posibilitan el gobierno de unos sobre otros, reciben el nombre de “tecnologías de poder”. Las segundas, que dan lugar al gobierno de los hombres sobre sí mismos, son llamadas “tecnologías del yo”.⁴ Ambas cumplen un rol central en la construcción de la subjetividad, integrando la problemática de la gubernamentalidad.

Estos saberes, al constituirse en un estado de fuerzas determinado, poseen, como ya hemos dicho, efectos de verdad, que no son sino efectos de poder que atraviesan los cuerpos, los impregnan, los marcan.

Marcas en el cuerpo y enfrentamiento de fuerzas son las ideas que guiarán el presente trabajo. “Toda relación de fuerza implica en todo momento una relación de poder”.⁵

Pero si los cuerpos, los sujetos, las verdades, la historia, son fabricados dentro de estas relaciones de poder, nos encontramos entonces en un campo de análisis que, en principio, toma al poder en su carácter relacional. Esto nos permite alejarnos de una concepción negativa que comúnmente ha sido atribuida a su ejercicio (represión, coerción, sometimiento). En contraposición, estamos pensando en el carácter productivo del poder y en su materialidad. Un poder que no se posee, sino que se ejerce, transitando entre los cuerpos, controlándolos, regulándolos, dejando sus huellas sobre ellos.

Ya no hablamos de un poder único, situado en un espacio determinado, el cuál puede tomarse, apropiarse o compartirse. No existe un poder, sino varios poderes, pensados como formas de sujeción que funcionan localmente. Se trata, de esta manera, de relaciones de fuerzas múltiples. Ya no hablaríamos acerca de quién tiene el poder o de dónde se haya éste ubicado, sino de su circulación, de los innumerables puntos sobre los cuales se ejerce.

El poder sólo se ejerce en acto, es el intento de unos por conducir la conducta de otros. No puede ser concebido sino como relación, en la que intervienen sujetos libres. “Ahí donde las determinaciones están saturadas, no hay relación de poder.”⁶ De esta forma, pensar el poder siempre supone considerar la resistencia. Cabe aclarar que la misma, “no parece tener que ver (exclusiva o necesariamente) con una decisión racional y libre sino con fisuras o grietas entre los cuerpos dentro del diagrama y de los

³ Para efectuar el presente análisis en diversas ocasiones haremos referencia a un conjunto de enunciados que aparecen, en su mayor parte, bajo el nombre de Foucault, Michel o que hacen referencia al mismo. No se trata de hablar de un “autor”, ni de su “obra” sino de utilizar dichos enunciados como caja de herramientas en tanto nos permiten reflexionar acerca de la problemática que planteamos.

⁴ Cf. Foucault, Michel: “Tecnologías del yo”, en *Tecnologías del yo y otros textos*, Paidós, Barcelona, 1990, punto I, pp. (45-49)

⁵ Foucault, Michel: “Las relaciones de poder penetran en los cuerpos”, entrevista realizada por L.Finas, en *Microfísica del Poder*, op. cit. p.169.

⁶ Foucault, Michel: “El sujeto y el poder” en Dreyfus, H y Rabinow, P Michel, *Foucault: más allá de la hermenéutica y el estructuralismo*, UNAM, México, 1988, p. 239

dispositivos”.⁷ La idea de resistencia no se vincula a la pura violencia o el libre acuerdo. Supone, más bien, pensar en el ejercicio del poder mediante la idea de Gobierno, esto es, el intento de “estructurar el posible campo de acción de los otros”⁸.

Se trata, entonces, de una nueva concepción de poder que se contrapone a los diversos postulados sobre los que tradicionalmente se centraron las grandes teorías. Ya no se plantea como exterior a otro tipo de relaciones sino como immanente a las mismas. No se trata de dominadores ni de dominados, sino de múltiples relaciones de fuerzas. A su vez, dichas relaciones son intencionales (tienen una dirección determinada), pero no son subjetivas, no resultan de “la opción o decisión de un sujeto individual”⁹. Finalmente, como ya hemos visto, el poder no se posee sino que se ejerce en forma reticular, atravesando los cuerpos y transitando por ellos. “Nada es más material, más físico, más corporal que el ejercicio del poder”.¹⁰

Retomando, puede decirse que las relaciones de poder que atraviesan al cuerpo y el saber que se construye sobre él darán lugar a un tipo de relaciones que podemos definir como de saber-poder donde ambos conceptos se impliquen mutuamente.

Ahora bien, el objetivo del presente trabajo es cuestionarnos acerca de cómo las relaciones de poder penetran en los cuerpos, a través de qué mecanismos y mediante qué tipo de tecnologías. Dicha pregunta, intuimos, lejos de dejar a un lado la problemática del saber, la incorpora desde el momento en que partimos de la idea de que “no existe relación de poder sin constitución relativa de un campo de saber, ni de saber que no suponga y no constituya al mismo tiempo unas relaciones de poder”.¹¹ Preguntarnos, entonces, por las formas de ejercicio del poder sobre los cuerpos incluye a su vez el preguntarse por las maneras en que los hombres han construido saberes acerca de sí mismos. El saber logra así también materialidad.

Si hay un ejercicio del poder sobre el cuerpo es porque hay saberes que a partir de sus efectos de verdad, producen efectos de poder. Si podemos ver al cuerpo como la materialidad sobre la cual el poder se inserta, es posible dar cuenta de cuales fueron los saberes que permitieron, que facilitaron esas intervenciones.

Una anatomía política del detalle: el cuerpo - máquina

Hacer un análisis de cómo las relaciones de poder penetran en los cuerpos supone iniciar un recorrido que, en primer lugar, permita dar cuenta de las diferencias que se presentan en la relación poder-cuerpo de acuerdo a las distintas formas de ejercicio del poder, y, a su vez, de la construcción de saberes sobre el cuerpo.

Esto implica remontarse a una época caracterizada por el castigo corporal. En lo que se ha dado en llamar “sociedad de soberanía”, existe un modo característico de ejercicio del poder dado por la violencia física directa. El poder soberano se ejerce sobre el cuerpo en cuanto es capaz de provocar sufrimiento físico y decidir sobre su propia muerte. Es el soberano quien, en definitiva, tiene el derecho de vida y muerte

⁷ Susana Murillo: *El discurso de Foucault: Estado, locura y anormalidad en la construcción del individuo moderno*, Ediciones del CBC, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1997, p. 82.

⁸ “El sujeto y el poder” op. cit. p.239.

⁹ Foucault, Michel: *Historia de la Sexualidad. Volumen 1: La voluntad del Saber*. Siglo XXI editores Argentina, Buenos Aires, 2003, p 115.

¹⁰ Foucault, Michel: “Poder-Cuerpo” en *Microfísica del Poder*, op.cit. p. 113.

¹¹ Foucault, Michel: *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI editores Argentina, Buenos Aires, 2002, p. 34.

sobre los súbditos. Pero dicho derecho no se ejerce por igual a ambos lados de la ecuación. No se trata de hacer vivir o dejar morir. Es más bien, al decir de Foucault, un *derecho de espada*. Si el soberano tiene derecho sobre la vida es sólo porque puede decidir sobre la muerte. El poder, por tanto, se ejerce de acuerdo a la fórmula “*hacer morir o dejar vivir*”.

Ahora bien, llegado un momento, esta mecánica de ejercicio de poder resulta ineficaz. Esto se debe a que no puede enfrentar una serie de problemáticas inéditas hasta entonces. Se está frente a un nuevo tipo de sociedad, caracterizada por la gran explosión demográfica y una incipiente industrialización. De esta forma, dando cuenta de una concepción de poder reticular, el problema central consiste en que en las sociedades de soberanía las mallas de la red eran demasiado grandes. Se puede hablar de un ejercicio del poder en forma *lagunar*, es decir, que dejaba grandes lagunas, momentos y espacios donde el poder no se hacía presente, dando lugar a un destacado margen para eludir la ley. Esto implica que el poder monárquico, que se supone centralizado y burocrático, permitía ciertos ilegalismos frecuentes, que escapaban de su control y se articulaban con otras prácticas cotidianas. Por lo expuesto, podemos ver cómo esta forma de ejercicio del poder no logra adaptarse a nuevas exigencias, donde lo que se requiere es una nueva economía del poder que sea aplicada al menor costo posible.

Es así como el sistema de tolerancia cambia. Se hace necesario pasar de un poder *lagunar* y *global* a un poder *atómico* e *individualizante*, donde cada individuo sea controlado. Este pasaje se corresponde con el surgimiento de nuevas tecnologías de poder que se centrarán en el cuerpo individual. Este se constituirá en el punto sobre el cual versará un amplio conjunto discursivo. A su vez, se dará lugar a la organización de un nuevo régimen de visibilidad en torno al mismo, caracterizado por una particular distribución de los cuerpos en el espacio. Como respuesta a las nuevas necesidades, y a la par del surgimiento de nuevas prácticas discursivas y extradiscursivas, aparecen diversas instituciones novedosas que responden a un conjunto de técnicas similares. Escuelas, talleres, hospitales, manicomios y prisiones comienzan a operar adoptando un conjunto de tácticas que se inscriben en una estrategia de conjunto.

En el nuevo tipo de sociedad que emerge, la fórmula para el ejercicio del poder varía. Ya no se trata del poder de *hacer morir y dejar vivir* sino que aparece el derecho de *hacer vivir o dejar morir*. “El nuevo derecho no cancelará al primero, pero lo penetrará, lo atravesará, lo modificará”,¹² de forma tal que se constituye en un modelo exactamente contrario al anterior, ya no centrado en el poder sobre la muerte sino en el poder sobre la vida.

Estamos frente a una sociedad donde el poder soberano, como hemos visto, ya no tiene respuesta y donde lo que se requiere es la formación de un tipo determinado de sujetos: activos en lo económico y dóciles en lo político. Es este el momento en el cual surgen las disciplinas planteando un nuevo tipo de relación entre el cuerpo y los mecanismos de poder. Se trata de “métodos que permiten el control minucioso de las operaciones del cuerpo, que garantizan la sujeción constante de sus fuerzas y le imponen una relación de docilidad-utilidad”¹³. Una anátomo-política sobre el cuerpo, cuya lógica consiste en ejercitarlo imponiéndole tareas repetitivas y diferentes que permitan la maximización de la utilidad de sus fuerzas. Pero esa utilidad sólo se da en forma acabada en la medida en que no sólo es cuerpo productivo sino también un cuerpo sometido. “La disciplina aumenta las fuerzas del cuerpo (en términos económicos de utilidad) y disminuye esas mismas fuerzas (en términos políticos de obediencia).”¹⁴ De esta forma, el poder sobre la vida, supone, en un principio, la idea

¹² Foucault, Michel: *Defender la sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, 2001, p.218

¹³ *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*. op. cit. p. 141.

¹⁴ op. cit, p. 142

del *cuerpo-máquina*. La base del poder disciplinario es el ejercicio sobre el cuerpo individual, al cual se trata de educar, aumentando sus fuerzas y utilidad, a la vez que se lo integra a novedosos mecanismos de control.

Las relaciones de poder propias de la sociedad disciplinaria se dan a nivel de una “microfísica de poder”; es decir, que las disciplinas ejercen un control minucioso sobre las mínimas partes del cuerpo y de sus operaciones. Se trata del control del cuerpo no en líneas generales sino de trabajarlo en sus partes y “asegurar (...) movimientos, gestos, actitudes, rapidez, poder infinitesimal sobre el cuerpo activo”¹⁵.

Ahora bien, para efectuar un control tan preciso que dé cuenta del detalle, de lo minúsculo, de lo que podría pasar inadvertido se requiere de la construcción de determinados saberes constituidos en prácticas, ya no del orden de lo discursivo, sino del orden de lo visible. El control sobre los cuerpos, entonces, será llevado a cabo a través de un complejo sistema de vigilancia estrechamente vinculado con la distribución de los mismos en el espacio. Se los ubicará de forma tal que se pueda vigilar sin ser visto. Es un ejercicio del poder panóptico que todo lo ve en todo momento. Se puede hablar del “ojo del poder” siempre atento y expectante, un único observador y múltiples observados. “El poder panóptico aísla e individualiza, transforma sus blancos en objetos que pueden ser conocidos”¹⁶.

La disciplina, entonces, se constituye en una tecnología de poder cotidiana que penetra en los cuerpos controlando, clasificando y asignando a cada uno de ellos un punto determinado en el espacio. La distribución espacial es clave a la hora de hablar de disciplinamiento. Ella implica la separación, alineamiento, subdivisión y vigilancia de los cuerpos. La distribución de los cuerpos supone no sólo la clausura sino también el uso de un “principio de localización elemental” o de la división en zonas. “A cada individuo su lugar; y en cada emplazamiento un individuo”.¹⁷ Se configura, de este modo, una suerte de grilla disciplinaria que delimita claramente cual es el espacio que le corresponde a cada uno, estableciendo límites sumamente precisos. Los cuerpos se separan, se aíslan, ocupan el espacio que les corresponde, y, de esta forma, se permite una estricta vigilancia sobre ellos.

Este tipo de prácticas no discursivas, del orden de lo visible, contribuirán a la elaboración de enunciados que clasifican a los individuos de acuerdo a cómo actúan. Es en este sentido que puede decirse que la unidad en la disciplina es el rango, vale decir, el lugar que se ocupa en una clasificación.

Las disciplinas, por lo tanto, construyen saberes sobre los sujetos de los que se valen para lograr un efectivo ejercicio del poder, lo que deriva en una mutua implicación del saber y el poder. A través de prácticas extradiscursivas, como la distribución espacial y el control del tiempo, no sólo se ejerce el poder que regula y administra la vida, sino que también se da lugar a la construcción de discursos en torno al cuerpo basados en la diferencia entre lo normal y lo patológico. La separación, clasificación y control de los cuerpos supone una demarcación social anclada en los conceptos de *normalidad* y *anormalidad*. Estos “no sólo aparecen como constituidos socialmente a través de la historia sino que han sido constituyentes de lo social, en tanto tienden a establecer líneas divisorias al interior de las relaciones sociales”¹⁸.

Un ejemplo claro de la construcción del sujeto anormal es llevado a cabo en el dispositivo carcelario. Es precisamente en la prisión donde el infractor es construido como delincuente, donde la delincuencia se constituye en objeto de enunciado. “El delincuente se distingue del infractor por el hecho de que es menos su acto que su

¹⁵ op. cit p. 141.

¹⁶ Peter Dews: “Poder y subjetividad en Foucault” en Horacio Tarcus (comp.): *Disparen sobre Foucault*, Ediciones El Cielo por Asalto, p. 169.

¹⁷ *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión.*, op. cit. p. 147.

¹⁸ Susana Murillo, op. cit., p. 201

vida lo pertinente para caracterizarlo”¹⁹. De esta forma, el delincuente es observado en sus conductas, biografía, gustos, afinidades, preferencias. “Los médicos (...) tendrán que valorar no sólo la razón del sujeto sino también la racionalidad del acto, el conjunto de relaciones que ligan el acto con los intereses, los cálculos, el carácter, las inclinaciones, los hábitos del cuerpo”²⁰ Si lo que importa ahora ya no es meramente la infracción a la norma sino todo un conjunto de cuestiones que atañen a la vida del individuo, ya no se trata de la supresión del mal sino de su corrección. Esto justificará que el poder invada la vida de los individuos adiestrándolos, controlándolos y vigilándolos.

Este cambio de concepción, que da lugar al surgimiento de la figura del delincuente en la sociedad disciplinaria, se vincula con la fundación de la psiquiatría como especialidad médica, a comienzos del siglo XIX, y su intervención en el terreno penal. Su misión, desde entonces, radicará en buscar las causas del delito, no las circunstancias.

Ahora bien, es válido preguntarse cuáles son las razones que hacen que el crimen cobre importancia para la psiquiatría legal y el por qué del cambio. La respuesta ya no estará dada en el campo de la anatomopolítica sino que requiere de un nuevo concepto que la englobe, a la vez que de cuenta de otras problemáticas.

El dominio del poder sobre la vida: el cuerpo – especie humana

Si por un lado tenemos una técnica de poder disciplinario sobre el cuerpo cuya preocupación principal se haya en el control minucioso de cada una de sus partes, movimientos y gestos, por el otro, podemos hablar de un poder que ya no se ejerce (sólo) sobre el cuerpo-máquina sino que, ubicado en otro nivel, toma como objeto fenómenos de carácter global. Es el cuerpo-especie humana que entra en escena como blanco del poder y como objeto de saber.

El ejercicio de poder disciplinario sobre el cuerpo, que tenía un carácter individualizador sobre él, dará paso entonces, en el siglo XVIII, a una técnica de poder masificadora centrada en los fenómenos de población.

Un poder que no penetra en el individuo-cuerpo sino que podríamos hablar de su ejercicio sobre un cuerpo múltiple. Ya no se tratará de modificar un fenómeno particular o tal o cual individuo, sino de “intervenir en el nivel de las determinaciones de esos fenómenos en lo que tienen de global”²¹

No estamos hablando de adiestramientos individuales actuando sobre el cuerpo sino de actuar a través de mecanismos globales para tener resultados también a nivel global. El Biopoder (así llamaremos a esta nueva técnica) toma dominio sobre la vida, sobre los procesos biológicos asegurando no ya disciplina sino regulación.

Anatomopolítica y biopoder se combinan de esta manera logrando un ejercicio de poder más eficaz; es la combinación de dos tecnologías diferentes pero complementarias que no dejan de lado la cuestión del cuerpo: la una intensificando sus capacidades, la otra, ubicándolo en los procesos biológicos de conjunto.

Desde el punto de vista histórico, no podemos dejar de hacer referencia a la cuestión de la población en tanto formando parte de la problemática del gobierno. Es en el siglo XVI, momento de resquebrajamiento de la estructura feudal y del surgimiento de los primeros estados modernos, cuando la cuestión del gobierno surge como una problemática particular que podríamos denominar como la del “arte de gobernar”. Esta problemática, expresada a través de diversos discursos, asumía

¹⁹ *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión.*, op. cit. p. 255.

²⁰ Foucault, Michel, *La vida de los hombres infames*, Caronte Ensayos, La Plata, 1996, p. 167.

²¹ *Defender la sociedad*, op.cit, p. 223

diferentes interrogantes, entre ellos: “el cómo gobernarse, cómo ser gobernados, cómo gobernar a los otros, de quién se aceptará ser gobernados, cómo hacer para ser el mejor gobernante posible, etc.”²²

Dentro de este contexto, la población aparecerá como sujeto de necesidades, de aspiraciones que, por otro lado, implicaba el surgimiento de todo un saber en torno a ella.

De esta manera, como dice Foucault, el Estado Moderno que surge en este momento va a integrar en una nueva forma política una antigua técnica de poder pastoral que articulaba el gobierno de “unos” sobre “otros” con un fin trascendente y a la par, el gobierno de “sí mismo”, para alcanzar un estado de pureza e inmortalidad.

El Estado, como una nueva forma de gobierno que toma como dominio la vida, aparece a la vez como totalizante e individualizante. Totalizante en el sentido en que requiere de instituciones, procedimientos, que permitan ejercer el poder de manera específica sobre la población, manteniendo una regulación no a nivel del individuo sino a nivel de especie humana. Por otra parte, aparece como individualizante ya que el individuo se integra al Estado en la medida en que se ve “sometido” a mecanismos de carácter disciplinario.

Estamos en presencia, resumamos, ante un dominio del poder sobre la vida que necesita de mecanismos continuos, reguladores y correctivos; un poder que debe calificar, medir, apreciar, jerarquizar.

En su dominio, por tanto, entran temas como la proliferación, los nacimientos, la mortalidad, el nivel de salud, la duración de la vida, la longevidad. Para esto entonces, se desarrollarán toda una serie de intervenciones y controles reguladores.

La población como objeto de poder pero también como fin del gobierno -al que hicimos referencia anteriormente-, e incluyéndola dentro de la problemática de la gubernamentalidad-, supuso el desarrollo de todo un conjunto de instituciones, de procedimientos, de análisis, de cálculos y tácticas de poder que permitieron tomarla como blanco. Es decir, que esta nueva tecnología sobre el cuerpo necesitaba de órganos complejos de coordinación y centralización que las disciplinas no contemplaban.

Estos mecanismos que emergieron, y que podemos subsumir genéricamente bajo el nombre de “policía”, asegurarán el crecimiento de las riquezas y mantendrán las condiciones de salud. Podemos hablar de la aparición de toda una reglamentación económica, medidas de orden y reglas generales de higiene.

Aquí el cuerpo aparece como portador de nuevas variables, “no ya simplemente cuerpos escasos o numerosos, sometidos o insumisos, ricos o pobres, útiles o inválidos, vigorosos o débiles, sino también más o menos utilizables, más o menos susceptibles de inversiones rentables, dotados de mayores o menores probabilidades de supervivencia, de muerte o enfermedad, más o menos capaces de aprendizaje eficaz.”²³

De esta manera, plantándonos dentro de los fenómenos colectivos, aparecen la salud y el bienestar físico, esto es, la salud en general como objetivo esencial del poder.

Los diversos aparatos de poder van a gestionar los cuerpos ayudándolos y/u obligándolos a garantizar su salud.

Las enfermedades y la salud aparecen como un problema político y económico que se le plantean a las colectividades y que requieren de una gestión colectiva para su resolución.

²² Foucault, Michel, “La Gubernamentalidad” en *Espacios de Poder*, Editorial La Piqueta, Madrid, 1981. p. 9-10

²³ Foucault, Michel: “Las políticas de la salud en el siglo XVIII”, en *Saber y Verdad*, La Piqueta, Madrid, 1991, p. 95

“La salud de todos como urgencia de todos”, el estado de salud de una población se convierte en objetivo general.

Si la proliferación de la especie humana aparece como objetivo central, si se realizan intervenciones y regulaciones generales sobre la población es porque hay saberes sobre ella que habilitan su gestión y su control. Saberes que como “verdades” intervienen en el dominio de la vida preparando prescripciones, clasificando, determinando reglas y estableciendo cánones de normalidad/anormalidad. Las preocupaciones sobre la salud que implican el establecimiento de estrictos controles sobre este cuerpo múltiple que es la población, responden a un proceso de medicalización de la sociedad. Éste aparece aquí, en un momento de emergencia de una “policía” general de la salud, donde la necesidad de asegurar el sometimiento y el incremento útil de los individuos supondrá la organización de diversos dispositivos en torno a ellos.

La medicina como “técnica general de la salud”, al ocupar un lugar cada vez más importante dentro de las estructuras administrativas, dará lugar a la formación de un saber médico administrativo en donde el dominio sobre las prescripciones no se dará sólo en relación con las enfermedades sino con formas generales de existencia y comportamiento.

Retomando el ejemplo de la construcción del delincuente, estamos en condiciones de responder a la pregunta por las causas de la vinculación del saber psiquiátrico con el sistema penal.

Este saber tendrá un lugar muy importante en la medida en que afirmará un poder dentro de sistemas de higiene pública en donde la peligrosidad y la perturbación del orden serán las cuestiones sobre las cuales centrarán sus trabajos y acciones. Ahora bien, si este poder se ejerce mediante la definición en función de parámetros de anormalidad/normalidad considerando como un peligro para el cuerpo social a los individuos que se alejen de determinados cánones, es porque desde la psiquiatría se construyen discursos que tienen efectos de verdad. De esta forma el saber psiquiátrico ocupa un lugar central en las medidas de protección de la población.

Cuerpo-máquina, cuerpo-especie: el cuerpo desnudo frente al poder

El recorrido hecho hasta aquí no implica considerar que estas tecnologías individualizadoras y masificadoras operan por separado, sino que se trata a su vez, de la administración de los cuerpos y de la gestión calculadora de la vida. Durante la Edad clásica nos encontramos, entonces, ante todo un desarrollo de diversas disciplinas a la par de la aparición de los problemas de la natalidad, la longevidad, la salud pública, vivienda, migración, etc.

Es en la confluencia de estas técnicas diversas para lograr la sujeción de los cuerpos y el control de las poblaciones, donde la sexualidad ocupa un lugar de suma importancia. Aunque la materialidad de los cuerpos y el dominio sobre lo biológico supone diversos procesos, funciones, partes, es interesante poner el acento en la sexualidad en la medida en que ésta, considerada como dispositivo, permite el control más profundo y más íntimo sobre los cuerpos.

Como dice Foucault, el sexo es el “pozo” del juego político. El sexo es el camino de acceso a la vida del cuerpo y de la especie. Por un lado, en tanto actividad corporal, se encuentra bajo el dominio de las disciplinas, plausible de ser vigilada y controlada continuamente a través de diversos mecanismos, pero también tiene sus efectos a un nivel global por sus consecuencias procreadoras.

Disciplinamiento y regulación entonces, se articulan mutuamente en la política del sexo. Apoyándose en exigencias de regulación, en la necesidad de una salud

general, en las preocupaciones por la descendencia y la degeneración se tuvieron efectos disciplinarios. El control de la sexualidad de los niños estaba asociado a la salud de la raza; la histerización de las mujeres implicaba las exigencias de medicalización que tendría consecuencias sobre la crianza de los hijos, la pureza del ámbito familiar y de allí en más, de la sociedad entera. Por otra parte, regulaciones sobre los nacimientos necesitaban apoyarse en el disciplinamiento de conductas individuales.

Si bien la sexualidad aparece como la entrada para el dominio de los cuerpos y las poblaciones, también debe ser considerada como un dispositivo a través del cual los hombres se construyen a sí mismos. Puede parecer, en lo desarrollado hasta el momento, que estas técnicas y sus efectos de poder estaban relacionadas con el problema del gobierno de los otros. Sin embargo, la problemática del saber y del poder también se aplica a la forma en que los hombres se construyen a sí mismos en base a ciertos ideales se constituyen dentro de las relaciones con los otros.

En definitiva, hay una imbricación de esas dos instancias (las del uno mismo y la de los otros), a la que Foucault llama gubernamentalidad.

En esta problemática, las ciencias humanas, al establecer la imagen de lo que los hombres deben ser, han contribuido enormemente en la construcción de los sujetos. De esta manera, el conocimiento objetivo que ellas producen permite ejercer el gobierno sobre los hombres entre sí y con respecto a sí mismos.

La constitución de diversos discursos con respecto a la sexualidad está relacionada con la necesidad de producir una verdad sobre el sexo, que como toda verdad está íntimamente relacionada con los efectos de poder que ésta conlleva.

La confesión aparece como una primera instancia de construcción de la verdad, como una obligación a decir todo sobre nosotros mismos, sobre lo que somos y hacemos. Pero posteriormente, la constitución de una "ciencia de la sexualidad", una *scientia sexualis*, al definir a la sexualidad como un dominio penetrable de procesos patológicos, como "causa de todo y de cualquier cosa", terminará justificando el examen exhaustivo sobre los individuos, las intervenciones con fines terapéuticos o de normalización, las interpretaciones causales diversas y el imperativo a escuchar "verdades arrancadas".

Todo el saber que se generará sobre la sexualidad, la multiplicidad de discursos que la ubican dentro del dominio del conocimiento se asocia, justamente, a su importancia dentro de las relaciones de poder. Pero así como hablamos anteriormente que toda relación de poder implica relaciones de saber, la misma posibilidad de emergencia de la sexualidad como objeto del poder requiere de procedimientos discursivos que la inmovilicen. Debemos ver entonces las estrategias de poder encerradas en la "voluntad de saber".

Será a través de la sexualidad en su materialidad y discursividad como la mecánica del poder logrará el disciplinamiento de los cuerpos y la regulación de las poblaciones.

Un poder que se impregna en lo más íntimo de los cuerpos, un poder que se ejerce positivamente sobre la vida, que procura administrarla, aumentarla, multiplicarla, ejercer sobre ella controles precisos y regulaciones generales.

Un poder sobre los cuerpos, que busca la intensificación y su preservación. Un poder que "hace vivir" y que "deja morir", en donde la muerte aparece como el límite para su ejercicio.

Si no hay nada más corporal que el ejercicio del poder es porque a través del hundimiento en los cuerpos, se desliza en las conductas. Logra establecer principios de clasificación y de inteligibilidad, se da una realidad analítica, al tiempo que se hace visible.

Este ha sido el eje conductor que ha guiado el desarrollo de este trabajo. Hemos querido sentar la problemática del carácter material del ejercicio del poder y su

relación con prácticas constitutivas de saber. Siguiendo este objetivo, nos hemos explayado en la descripción de una economía del poder que supone su omnipresencia, el control minucioso sobre los sujetos y las poblaciones. Estas prácticas individualizantes y totalizantes implican un alto costo que, en una coyuntura histórica determinada, se hace imposible sostener.

A partir de entonces, se introducirán diferentes cambios que han dado lugar a la reflexión en torno a la pertinencia del término “sociedad disciplinaria” para referirnos a la actualidad. En ocasiones, se ha hablado de sociedades post disciplinarias, a las que podríamos llamar, siguiendo a Gilles Deleuze, “sociedades de control”.

Esta nueva coyuntura nos pone de cara a nuevos interrogantes, sobre los cuáles aún no nos hemos explayado. El siguiente apartado, por lo tanto, se constituye en el intento de formularlos y reflexionar en torno a ellos.

Reflexiones finales

Los anillos de una serpiente son aún más complicados
que los agujeros de una topera.

(Gilles Deleuze)

Hemos insistido en dar cuenta de cómo las relaciones de saber-poder han permeado los cuerpos, cómo determinadas tecnologías han ejercido un continuo trabajo sobre los mismos. Este desarrollo nos llevó a caracterizar una forma específica de ejercicio del poder. Es interesante preguntarnos si el cuerpo actualmente puede ser concebido en los mismos términos, y si se vincula de la misma manera con las relaciones de saber-poder.

Habíamos caracterizado la idea del cuerpo – máquina haciendo énfasis en la distribución espacial propia de las disciplinas, en describir un poder panóptico omnivigilante y en la construcción de determinados discursos que tienen efectos clasificatorios sobre los individuos. En las sociedades de control, en cambio, estamos frente a “una crisis generalizada de todos los lugares de encierro: prisión, hospital, fábrica, escuela, familia”²⁴, en donde los sujetos gozan de una aparente “libertad”, escapando de los clásicos mecanismos de adiestramiento. Ya no se encuentran insertos en los típicos “moldes” de la sociedad disciplinaria, que perseguían fines normalizadores. Hoy en día, podemos advertir la presencia de “modulaciones”, que se presentan como la posibilidad que tienen los sujetos de moldearse a sí mismos. Pero, puede decirse, dicha posibilidad no es más que mera ilusión. Los sujetos no se forman de acuerdo a sus preferencias sino que lo hacen de acuerdo a reglas que están en permanente transformación. Estamos frente a una dinámica de cambio continuo a la cual los sujetos deben readaptarse constantemente.

De esta forma, el control minucioso, puntilloso, al nivel del detalle ya no es necesario para la nueva mecánica del poder. Como señala de Marinis: “ya no hay materia a la cual disciplinar metódicamente sino territorios que delimitar higiénicamente”²⁵. La idea del poder panóptico, vinculada a una particular distribución espacial de los cuerpos que permitía vigilar todo en todo momento, pierde sentido en este nuevo régimen de visibilidad. La mayor movilidad de los cuerpos con respecto a las distintas instancias de control, deviene en una forma de ejercicio del poder que

²⁴ Gilles Deleuze, “ Post-scriptum sobre las sociedades de control” en *Conversaciones 1972-1990*, Pretextos, Valencia, 1995, p.278

²⁵ Pablo de Marinis, “La especialidad del Ojo miope (del poder). (Dos ejercicios de cartografía) en *Revista Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, 1998, p. 33

interviene y regula en la medida en que hay presencia de un potencial peligro. De esta forma, se procederá al “marcaje”, es decir, la designación de “zonas vulnerables” donde el nivel de tolerancia se disminuye al mínimo. Pero por otro lado, por fuera de dichas zonas, se acepta cierto nivel de irregularidad. La regulación de la tolerancia supone la existencia de un “sistema de información general”. La información que se adquiere ya no presenta las características de aquellos saberes minuciosos que permitían maximizar la utilidad de los cuerpos. Este nuevo tipo de saber funciona como un “alerta” que permite identificar aquello que es inaceptable para el poder.

Estamos ante la presencia de un poder sobrio, ante “la frugalidad económica de sus intervenciones”²⁶, unas tecnologías del poder que sólo actúan cuando es necesario. Cabe pensar entonces, qué ocurre con el poder y el dominio de lo viviente, la proliferación de la especie, la sanidad de las poblaciones.

Podríamos pensar, quizás, en que esta “desinversión” del ejercicio del poder no es sino una nueva estrategia de poder que le otorga a los sujetos la costosa tarea de la reproducción del orden social. Creemos necesario plantearnos si acaso no existe una intensificación de los discursos que ubican al sujeto como hacedor de su propia existencia, como constructor de su destino, y en consecuencia, responsable de sus avances y retrocesos, de sus éxitos y sus fracasos.

Ahora bien, retomando la idea de tecnologías del poder y tecnologías del yo, tal como las caracterizamos en la introducción (esto es, saberes aplicados que permiten el gobierno de los hombres sobre otros y el gobierno sobre sí mismo), sería interesante interrogarnos si existe una primacía de las formas de autogobierno por sobre las otras, o mejor aún, si las formas de dominación sobre los individuos no se han reforzado tomando la apariencia de formas de autoconstrucción.

La disminución de la intervención directa por parte del poder define, en contrapartida, unas relaciones de poder-saber sobre un cuerpo fabricado en prácticas de autocuidado, autocontrol, autodisciplinamiento. Prácticas de autogobierno diversas, maleables, difusas, pero no menos eficaces.

Podemos concluir, entonces, que estamos frente a cuerpos que se autoconstruyen, interviniendo sobre sí mismos, pero sometidos a la movilidad constante de unas reglas a las cuales deben adaptarse continuamente para poder subsistir.

Asistimos, de alguna manera, a un ejercicio del poder que si bien ha reducido sus intervenciones y acciones constitutivas del “hacer vivir”, necesita de los cuerpos y su construcción en sujetos para mantenerse. Un poder, entonces, que no deja de tomar al cuerpo como materialidad a través de la cual transita, saberes que devenidos en autoconocimiento y detección del peligro, permiten su mantenimiento y control.

De esta manera, no ha sido sino de los cuerpos y su devenir en sujetos de lo que estuvimos discutiendo en estas páginas. Poder-saber-cuerpo, entonces, ineludiblemente unidos en la historia de la construcción de la verdad y en las diversas formas de construcción de la subjetividad.

²⁶ op.cit, p.37

Bibliografía

- Deleuze, Gilles: *Foucault*, Paidós, Barcelona, 1987
- Deleuze, Gilles: "Post-scriptum sobre las sociedades de control" en *Conversaciones 1972-1990*, Pretextos, Valencia, 1995
- de Marinis, Pablo: "La especialidad del Ojo miope (del poder). (Dos ejercicios de cartografía) en Revista Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura, 1998
- Dews, Peter: "Poder y subjetividad en Foucault" en Horacio Tarcus (comp.): *Disparen sobre Foucault*, Ediciones El Cielo por Asalto, 1993
- Foucault, Michel: "Nuevo orden interior y control social", en *Saber y Verdad*, La piqueta, Madrid, 1978
- Foucault, Michel: "Las políticas de la salud en el siglo XVIII", en *Saber y Verdad*, op. cit.
- Foucault, Michel: *Microfísica del Poder*, Editorial La Piqueta, Madrid, 1979
- Foucault, Michel: "La Gubernamentalidad" en *Espacios de Poder*, Editorial La Piqueta, Madrid, 1981
- Foucault, Michel: "El sujeto y el poder" en Dreyfus, H y Rabinow, P Michel, *Foucault: más allá de la hermenéutica y el estructuralismo*, UNAM, México, 1988
- Foucault, Michel: "Tecnologías del yo" en *Tecnologías del yo y otros textos*, Paidós, Barcelona, 1990
- Foucault, Michel: "Omnes et Singulatim: hacia una crítica de la razón política" en *Tecnologías del yo y otros textos*, Paidós, Barcelona, 1990
- Foucault, Michel: *La arqueología del saber*, Siglo XXI, México, 1991
- Foucault, Michel: *La vida de los hombres infames*, Caronte Ensayos, La Plata, 1996.
- Foucault, Michel: *Defender la sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, 2001
- Foucault, Michel: *Los anormales*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001
- Foucault, Michel: *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI editores Argentina, Buenos Aires, 2002
- Foucault, Michel: *Historia de la Sexualidad. Volumen 1: La voluntad del Saber*. Siglo XXI editores Argentina, Buenos Aires, 2003
- Murillo, Susana: *El discurso de Foucault: Estado, locura y anormalidad en la construcción del individuo moderno*, ediciones del CBC, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1997.